

Los hechos contenidos en el informe de M. Marchangy acerca de las sociedades secretas no pueden ser tenidas por fábulas, hoy que se confiesa su existencia y se hace alarde de ser conspirador. Sabemos por un apreciable diputado que por aquel tiempo pertenecía á las Ventas, que en el momento en que vió la luz pública el informe de M. Marchangy, pareció tan exacto á los asociados, que condenaron á muerte al autor. La persona por quien sabemos estos pormenores se opuso á la ejecución de la sentencia (1). No soy yo quien, al oír los martillazos, viendo levantar el cadalso y aprestar la máquina de muerte, era bastante benévolo para dar crédito á los benignos iniciados cuando decían: «¡Conspiraciones? ¡Qué necedad! Nadie piensa en conspirar; nadie ataca la legitimidad. Lo que os infunde miedo es un teatro que se dispone para una presentación de figuras de movimiento.»

Yo no amaba ni admiraba á los *Fantocini* de 1793.

Pero si es cierto que existían estas conspiraciones antes de la guerra de España, también lo es que cesaron con esta guerra. Las fanfarronadas después de las jornadas de julio acerca de la comedia de los quince años, son satisfacciones de hombres que se creen seguros; en el momento de la caída de la legitimidad nadie conspiraba; ella se precipitó á sí misma con la mayor espontaneidad. ¿No tomó á la cámara en 1830 por una cámara de enemigos? No se trataba sino de elegir á tres ó cuatro hombres que rabiaban por ser ministros; y que para serlo tenían los talentos necesarios. Hé aquí lo que la legitimidad nunca ha querido comprender: la susceptibilidad harto natural de sus desgracias la obliga hoy á admitir la existencia de conspiraciones imaginarias que la consuelan y la excusan.

Es preciso distinguir las fechas: en el mismo grado en que las maquinaciones se vieron desconcertadas al fin de la guerra de España, eran amenazadoras al principio de esta guerra. Estoy persuadido de la existencia de la conspiración cuyos vestigios indicó el envío del águila á Bayona; era falsa relativamente á las elevadas personas á quienes se quería atribuir, habiéndose servido de su nombre respetable; era verdadera en cuanto á la realidad de su existencia, y se obró prudentemente al no profundizarla. El cañonazo del Bidasoa cambió las conciencias, porque el peso de una bala venturosa no está de mas hacia el lado de la fidelidad. Los franceses que prometían la proclama se presentaron en las orillas del Bidasoa: engañados por la fortuna y por sus amigos, habían esperado ver la bandera blanca bajarse ante la bandera tricolor, y los siglos inclinarse ante su juventud. Si aquellos hombres llenos de energía, entre quienes encontré después un amigo, cayeron en un encuentro funesto, no fue sin honor, porque el honor se acrecienta con la adversidad. No decimos que aquellos á quienes la fatalidad arrastra á pelear contra su patria, son unos miserables, puesto que en todos tiempos y en todos los países, desde los griegos hasta nosotros, todas las opiniones se han apoyado en fuerzas que podían asegurarles su triunfo. Un día se leerán en mis *Memorias* las ideas de M. de Malesherbes acerca de la emigración. No conocemos en Francia un solo partido que no haya tenido hombres en suelo extranjero, entre los enemigos, y marchando contra la Francia. Benjamin Constant, ayudante de campo de Bernadotte, servía en el ejército aliado cuando entró en París, y Carrel empuñó las armas en las filas españolas. La causa no cambia la cuestión; con la causa se justificaría todo; cuando se dice que se combate por la libertad ó por el orden, siempre se incurre en un error, ó siempre se tiene razón.

(1) Véanse además, por lo que respecta á las *Sociedades secretas*, las confesiones de M. Andrijanc, al principio del primer tomo de su interesante obra titulada: *Memorias de un preso de Estado en el Spielberg.*

Cuestiones confundidas.—Objeciones contra la guerra de España.—Respuesta á ellas.—Estado de la península en el momento del paso del Bidasoa.

Los adversarios de la expedición de España han confundido constantemente dos cosas, la cuestión francesa y la cuestión española: aun cuando la segunda no hubiera sido resuelta tan felizmente como la primera, unos ministros franceses no eran responsables á la opinión francesa sino del honor y de la prosperidad de la Francia. Volveré á ocuparme de este asunto.

Tratábase de sublevar nuestros pueblos y nuestro ejército; era preciso optar entre una guerra y una revolución; la primera pareció menos dispendiosa: por una antigua experiencia se sabe ya que la gloria cuesta menos á los franceses que los infortunios.

La guerra no ha sido injusta; teníamos el derecho de emprenderla, porque nuestros intereses esenciales estaban en peligro.

No permita Dios que yo considere las calamidades de un Estado como cosa insignificante; malditos sean los hombres que violando el derecho de las naciones, obtuviesen la prosperidad de su país á expensas de la prosperidad de otro! Era un deber nuestro el evitar á los españoles los males inseparables de toda invasión militar. Nada me había ocultado á mí mismo: sabía que nuestros triunfos debían tener para el pueblo de Carlos V tantos inconvenientes como nuestros reveses; pero en último resultado, al salvarnos le librábamos del mayor de los azotes, de la doble tiranía demagógica y soldadesca. ¿Pudiera ponerse en duda esta verdad? ¿Hemos sido recibidos en Madrid como enemigos ó como libertadores?

¿Cuál era el estado de la península en el momento del paso del Bidasoa? ¿Era acaso un país tranquilo y feliz al que íbamos á llevar el desorden, bajo el pretexto de ponernos en seguridad contra un mal imaginario? ¿No se extendía la guerra civil hasta las puertas de la capital? ¿No estaba en armas Cataluña? ¿No estaba amenazada de un sitio Valencia? ¿No estaba sublevado el reino de Murcia? ¿No se trababan combates en las calles de Madrid? La anarquía constituida, la insurrección en los campos reconocida como derecho, el heredero del trono puesto en acusación, las cárceles forzadas, los presos degollados, las propiedades invadidas, los sacerdotes deportados ó ahogados, los ciudadanos desterrados, los clubs predicando la matanza y el terror, las sociedades secretas removiendo y corrompiendo todo, las colonias perdidas, la marina destruida, la deuda nacional aumentada de una manera espantosa: hé aquí la España bajo el reinado de las cortes.

¿Direis que importaban poco la acusación del heredero del trono, la matanza de los curas y todo lo demás? Según vosotros, el género humano debía marchar; tanto peor para los que fuesen arrojados al foso ó aplastados en el camino. Lo comprendemos. Pero yo, mandatario de la Francia, quería ante todo que la Francia marchase, y estas atrocidades llamadas útiles, la impedían marchar á su resurrección. Pero es el caso que lo que vosotros tomáis por un progreso, era una bajada á un pozo de sangre; ¡felices vosotros, si, habiendo salido de esta caverna de asesinatos, después de un siglo de esfuerzos, no inspiráseis horror! ¿Qué hemos ganado en 1793? El directorio, Bonaparte, la restauración, el mejor de nuestros tiempos de descanso, si hubiese sabido salvarnos salvándose á sí misma.

¿Hemos usado de nuestra influencia para dar instituciones á España?

Antes de tener tanto amor á las instituciones de los demás, preciso sería dárselas buenas á sí mismos y

no cambiarlas de ocho en ocho días. Hemos manifestado nuestra opinión respecto del pueblo español y respecto de su escasa estimación hacia nuestras libertades escritas y votadas; ¿convenía al gobierno francés hacerse propagandista de estas doctrinas, buenas á los ojos de unos, malas en concepto de otros, imitar á la Convención ó á Bonaparte, la una que derribaba repúblicas para hacer nacer la anarquía en el círculo de sus prisiones y cadalsos; el otro, que engendraba déspotas para multiplicar la tiranía en la extensión de sus campos de batalla?

Yo deseo á España lo que deseo á todos los pueblos: una libertad medida sobre el grado de educación de estos pueblos: la ilustre patria de tantos grandes hombres hallaría en el restablecimiento de sus antiguas cortes recursos inmensos. Un cuerpo político de lo pasado, paulatinamente modificado por las nuevas costumbres, me parecería bastante poderoso para proteger á los ciudadanos, crear la administración, fundar un sistema económico y devolver la fuerza á esta noble nación, agotada por su heroísmo. Sin embargo, la Francia no estaba llamada á decidir en esta materia; dichosa con sus propias libertades, no podía hacer otra cosa que predicar el ejemplo.

¿Hemos usado por lo menos del derecho de consejo? ¿Existe algún documento que pruebe la moderación de los principios en que el gobierno francés se ha mantenido respecto de la política interior de España?

La carta de Luis XVIII á Fernando os dará la respuesta. En materia de concepción y de prevision independiente, nadie puede acusarnos. El siglo avanza, la democracia aumenta sus fuerzas; y si los caracteres en decadencia pueden sufrirla, los reyes, al sonar la hora providencial, abdicaran voluntariamente ó se verán precisados á retirarse. Si los pueblos corrompidos, sin dejar venir los días y sin escuchar á nadie se precipitan de alto á bajo, lejos de caer en la libertad se abismaran en el despotismo, y por colmo de calamidades este despotismo no será permanente.

Es llamado el conde Lagarde.—Ministerio y periódicos españoles.

Tales fueron los antecedentes de la guerra de España.

Al entrar en el ministerio, escribí, como es costumbre, cartas para anunciar á las diferentes cortes mi nombramiento, y para declararles también, según la costumbre establecida, que nada había cambiado en el sistema político de nuestro predecesor. Dirigí una palabra particular á M. de Gentz, pues conocía su influencia en el espíritu de M. de Metternich, y sabía que la principal contrariedad procedería para mí del gabinete de Viena.

Cumplidas estas formalidades diplomáticas, hice venir de Madrid al conde de Lagarde, que, habiéndose puesto en camino el 30 de enero, llegó el 3 de febrero á Bayona. Los representantes de los aliados habían pedido ya sus pasaportes.

El general San Miguel respondió en una nota alta-nera á los enviados de la Rusia, la Prusia y el Austria; esta, no obstante, dejó un cónsul en Madrid. El rey y las cortes se apresuraron á aprobar la nota del ministerio, y el *Universal* del 13 añadió: «Péis vuestros pasaportes, señores. Sea en buen hora; ¡feliz viaje! Lo que nos aflige profundamente es que S. E. se haya creído obligado á tratar de *impolítico* al embajador de Rusia; pero, por otra parte, debemos reflexionar que sería demasiada exigencia el pretender que un kalmuco fuese tan bien educado como un habitante de los países civilizados de Europa.»

En fin, este es negocio concluido; buen viaje, y

Dios conceda un hermoso tiempo y un buen camino á la trinidad diplomática! Lo que debe consolarnos de tan sensible pérdida es la llegada de lord Sommerset, que es esperado en Madrid de un día á otro, sin contar el general inglés Roch, que ha llegado hace tres días. Vendrá un tiempo en que en la Europa, y principalmente la Francia, podran hablar y acusaran la inepta y criminal conducta de los gobiernos que han obligado á la España á estrechar mas y mas los lazos que la unen á la Inglaterra.»

Es preciso perdonar á la España, país de novelas y romances, el que se crea civilizada, siendo así que no tiene ni caminos reales, ni canales, ni posadas; ¡á la España, que vive en sus soledades! En efecto, yo la hallé muy civilizada en 1807, porque llegaba de Berbería; me entretenía en escuchar á dos pobres niños desnudos cantarnos una larga canción en un camino montañoso entre Algeciras y Cádiz; me complacía en ver hacer mantea por primera vez en Granada, antes de ir á perderme en la Alhambra; me entretenía en sentarme al lado de unos delante de un ancho hogar en Andújar, mientras mi criado me compraba en la carnicería un pedazo de carnero. Soñaba con Pelayo, con el Cid de Burgos y con el Cid de Andalucía, con el caballero de la Mancha y sus leones, con Gil Blas y el arzobispo; y todo esto me embelesaba, mientras fumaba un cigarro, viendo á los toros acometerse en el campo, y escuchando las lejanas armonías de una bandurria. Los moros que robaban hermosas cristianas y que morían en las márgenes de los rios, Rolando, Guillermo el chato; las justas de Sevilla y las mezquitas de Córdoba se presentaban alternativamente en mi memoria. Pero, español, tú eres poeta y no eres mas civilizado que yo; mal que pese á tus instituciones liberales, vivirás como poeta; pero no como sucesor de Mirabeau. No valemos ni tú ni yo un kalmuco por lo tocante á la civilización. Hablamos de nuestros rios, de nuestros valles, de nuestros claustros, de nuestras bellas artes de un momento en que todavía se ven huellas en los desiertos; callamos por lo tocante á las demás cosas. Rinconete y Cortadillo nos enseñan que cada cual sirve á Dios en el estado á que ha sido llamado.

Por lo tocante á Inglaterra, de la que habla el *Universal*, no necesita que los demás gobiernos la ayuden para estrechar sus relaciones y mantener sus tratados con España: sabe muy bien cómo ha de manejarse para conseguirlo. Ultimamente, creyó tener que reclamar alguna cosa: no se paró tontamente á considerar si el gobierno español tenía ó no tenía colonias, ni el estado de su hacienda, ni si había quedado ó no desolada por Bonaparte, ni si podía ó no temer una guerra con Europa: la Inglaterra no hizo mas que pedir simplemente y amenazar que perseguiría á la marina española si no le pagaban en el acto. Para demostrar mejor su horror á la intervención, reconoció en 1821 el pabellón de las colonias españolas, y se propuso reconocer su independencia por mas que las cortes no quisieren oír hablar de ese particular. El separar el nuevo mundo español del antiguo, no se llama *intervenir* en concepto de la Inglaterra.

Por último, las gracias del *Universal* eran indudablemente del mejor gusto; no les faltaba mas que una sola cosa: cuando Pichegru escribía á un general austriaco: «General, oedme el puesto, de lo contrario os atacaré y batiré;» Pichegru cumplía su palabra; pero el no esperarnos en Madrid, y el irse á Sevilla deseándonos *buen viaje*, ¿no era exponerse á que le devolvieran á tiro su deseo?

Periódicos ingleses.—Dividese la narración.

En tanto que la cuestión no pareció enteramente

decidida, los periódicos ingleses guardaron mas moderación que los de España: el *New-Times* decía refiriéndose á M. de Villele: «Ha dado un gran paso asegurándose el apoyo del eminente y hermoso nombre de M. de Chateaubriand. Este escritor célebre cuyas obras atestiguan al mismo tiempo que nunca se doblegará ante la revolución y que permanecerá siempre adicto á la libertad constitucional. «Semejante lenguaje no tardó en cambiar de tono: es de notar que la principal indignación se dirigía contra nuestra persona, y sin embargo no presidiamos el ministerio: guardaban consideraciones con el presidente que hablaba mucho y muy bien, y se ensañaban con el ministro de Negocios Extranjeros. Cierta instintoparecia advertir á los enemigos de que en realidad éramos el gran promotor de la guerra de España.»

Dos cosas han caminado simultáneamente durante nuestra permanencia en el ministerio: «trataremos de cada una de ellas en particular á fin de evitar la confusión. Primeramente nos ocuparemos de todo lo relativo á los combates de la tribuna, sea en Francia, sea en Inglaterra, porque esos combates son el primer término del cuadro, y se han dado á la vista de mil espectadores. En seguida hablaremos de nuestros trabajos diplomáticos, trabajos secretos que á cada paso presentaban un obstáculo ó un peligro.»

Es cierto que al contar lo que fue, se cansa uno y cansa á los demás. ¿Qué interés puede encontrar el género humano en que tal acontecimiento político haya sucedido de este ó de aquel modo, puesto que sus resultados fueron los que decidieron? La novela, cuya catástrofe se ha leído, ¿qué interés puede ofrecer?

Que una vez consumado el suceso, sean sus antecedentes inspidos de referir, lo comprendemos perfectamente; pero á cierta distancia no sucede lo mismo; el suceso queda clasificado de otra manera en una línea de cosas subsiguientes, pero no correlativas. Con el tiempo se ha ido también marchando de muerte en muerte, de nacimiento en nacimiento; todos los sucesos igualmente transcurridos han adquirido cada cual aparte una existencia individual. Ninguna ruina interesaba, porque no atestigua mas que un pasado conocido de todo el mundo, y sin embargo nos complace en los restos de la historia convertida en ruina.

XLII.

COMBATES DE LA TRIBUNA.

Tribuna francesa.—Inauguración de la legislatura del 1823

El rey inauguró la legislatura el 28 de febrero del 1823 en el Louvre, en el salon llamado de los guardias de Enrique IV. El trono estaba coronado con un dosel de terciopelo carmesí; en los escalones cubiertos de alfombras, se colocaron segun su orden los altos dignatarios. Una salva de artillería anunció el momento en que el soberano salió de las Tullerías. M. de Villele era presidente del consejo; M. Peyronnet, guarda sellos; nuestra persona ministro de Negocios Extranjeros; el conde Corbiere del Interior; M. de Clermont Tonnerre de Marina y el marqués de Lauriston, era ministro de la Casa de S. M. Todos nos hallábamos colocados delante del reclinatorio de S. M. Cristianísima.

Al entrar el rey resonaron vivas aclamaciones. S. M. tomó asiento en el trono; se descubrió; saludó á la asamblea; se volvió á cubrir y dió principio al discurso. La admiración, cada vez mas creciente hacia que el silencio fuese muy profundo. Era la primera vez que la legitimidad se expresaba desde tan alto y con semejante lenguaje. Recordábamos la época en que Luis XVIII dispuesto á abandonar nuevamente las Tullerías, vino á decir á sus súbditos un adios que

tal vez debia ser eterno; ahora creíamos ver á nuestro rey confiado á nuestra lealtad, tomando por último posesion de la corona en nombre de la Francia gloriosa y redimida.

El siguiente pasaje del discurso hizo un prodigioso efecto.

«He tanteado todos los medios para garantizar la seguridad de mis pueblos y preservar la España de las últimas calamidades.»

«La ceguera con que las representaciones hechas en Madrid han sido rechazadas, deja poca esperanza de conservar la paz.»

«He mandado retirar mi embajador: cien mil franceses mandados por un príncipe de mi familia, por aquel á quien mi corazón se complace en llamar hijo, estan á punto de marchar invocando el dios de San Luis para conservar el trono de España á un descendiente de Enrique IV, para librar aquel hermoso reino de su ruina y reconciliarlo con Europa.»

«He debido presentar á vuestra vista el asunto de nuestros asuntos en el exterior. A mi me tocaba deliberar y lo he hecho con madurez; he consultado la dignidad de mi corona y el honor y la seguridad de la Francia.»

«Somos franceses, señores: creo que siempre estaremos acordados en lo relativo á estos asuntos.»

«Entusiastas y prolongadas aclamaciones manifestaron ser efectivamente así: basta hablar de gloria á los franceses para que se estremezcan de valor como el corcel al sonido del clarín. La solemnidad terminó retirándose del Louvre la concurrencia poseida de entusiasmo.»

Pasado este primer momento, las envidias y los temores volvieron á erguir la cabeza. ¿Pues qué? decian; ¿Pretenderá ese miserable ministro hacerlo que Napoleon siendo vencedor de todo el mundo no pudo conseguir? El público al mirarnos levantaba las espaldas; unos nos tachaban de locura; otros nos tenían lástima; los ambiciosos se aprestaban á combatirnos para ocupar nuestros puestos; todos se prometían una próxima derrota, acompañada de una indispensable caída ó de una inevitable revolución.

Hasta los mismos que podían suponer un triunfo, hallaban en ese mismo motivo nueva razon para pronunciarse contra la guerra. Los carbonarios y miembros de las demás sociedades secretas, no queriendo confesar que nos habian puesto en el caso de una legítima defensa, creían que la Alianza venia en pos de nosotros; nacian en su concepto nuestra audacia de la certeza de una nueva invasion con el pretexto de un conflicto con España; no éramos á los ojos de aquellos sino unos gendarmes del congreso que nos iba echando hácia adelante y amenazando hacer fuego contra nosotros si manifestáramos intenciones de retroceder.

Los hombres de presunta capacidad tomaban en particular nuestra persona por un emborronador de papel y por un inconsecuente: al llegar á su fin la empresa, nos miraban con sorpresa; casi nos acusaban de haberlos engañado, y parecían decirnos: «No es esto lo que nos habiais dicho.»

XLIII.

Cámara de los pares.

Después del discurso del rey principiaron los ataques con motivo del proyecto de contestación á la corona. El 3 de febrero despreciando los gimnastas en la cámara de los pares los argumentos de rector y las frases sonoras, se propusieron á fuer de hombres positivos estrujarnos el alma entre dos hechos.

M. de Broglie nos honró con un discurso que le fue difícil concluir por haber estado fluctuando entre las dudas de su espíritu y los escrúpulos de su conciencia; indecision afortunada que procede de la integri-

dad. Hombre de saber, de costumbres, y hasta de religión considerada como regla, el honor del mariscal se ha cambiado en honradez en el ciudadano nieto suyo; M. de Broglie puede como antídoto de la virtud frecuentar personas corrompidas sin infectarse, así como hay temperamentos sanos que no pueden contagiarse con las enfermedades. Dimonos por nuestra parte prisa en contestar al discurso del noble duque diciendo: «Nuestro adversario del lado de acá de la cámara levanta su voz contra el principio de que solo á los reyes pertenece el derecho de dar instituciones á los pueblos; del cual infiere que los reyes podran tambien cambiar lo que hayan dado, ó no dar nada segun su voluntad ó antojo.»

«Mas no ve que se le puede retorcer el argumento, y que si el pueblo es soberano, podrá á su vez cambiar hoy lo que habia hecho ayer, y hasta entregar su libertad y su soberanía á un rey como ya ha sucedido. Si el noble par hubiese estado menos preocupado, habria visto que todo el orden social está regido por dos principios, á saber: por el de la soberanía de los reyes por lo tocante á las monarquías, y por la del pueblo por lo concerniente á las repúblicas. Digase en una soberanía que el pueblo es soberano y todo se vendrá al suelo; digase en una república que la soberanía reside en un monarca, y se causará un total desorden. No habia por consiguiente otro remedio, so pena de incurrir en un absurdo mas, que afirmar que en España las instituciones deben proceder de Fernando, puesto que se trata de una monarquía. Por lo tocante á la manera de que puede valerse para dar esas instituciones, esto es, de motu proprio ó de acuerdo con los cuerpos políticos reconocidos por él en plena libertad, es una cuestion que en nuestro concepto nadie ha tratado nunca de prescribir. No se ha hecho mas que expresar el principio vital de la monarquía, exponer una verdad de teoría.»

«No quiere el noble duque que preveamos crímenes en el porvenir; no quiere que racionemos por analogía. Ciertamente es que Fernando no ha sido todavía sujetado á un juicio; pero su libertad se reduce á que en estos momentos está viajando con sus carceleros en medio de soldados legisladores que lo van á encerrar en una fortaleza. ¿No habrá nada que temer? ¿Esperaremos los acontecimientos?»

«De la doctrina de mi adversario resultaria, que si bien el crimen puede castigarse, no se debe nunca prevenirlo. En nuestro sentir la justicia es uno de los principios eternos que han precedido al mal en este mundo; en concepto del noble duque por el contrario, el mal es el que ha dado origen á la justicia. De esta manera se establece en el fondo de la sociedad una causa permanente de trastorno, pues no habrá derecho de acudir al socorro de la sociedad, sino cuando esta se hallara destruida.»

El discurso del conde Daru confirma lo que dejamos dicho acerca de las disposiciones de los congresos. M. Daru, hombre laborioso y rudamente equitativo, nunca desairaba la verdad, aun cuando esta fuese contraria á sus opiniones.

«Al elevar aquí mi voz en favor de la paz, dijo; no temo ofender á los que se han ilustrado en la guerra. La dificultad que siento proviene de que no conozco ni los argumentos que tengo que refutar, ni las promesas de una resolución que creo funesta.»

«Esta guerra pronta á encenderse entre Francia y España, es ó espontánea, ó provocada, ó aconsejada.»

«No tenemos conocimiento de que haya habido ni provocacion, ni consejo...»

«Por el contrario, en el pequeño número de documentos que se han publicado sobre este particular, vemos que las potencias reunidas en el congreso de Verona se refieren á lo que haga la Francia por lo concerniente á la conclusion de los asuntos de España, conformándose con lo que aquella haga en una

cuestion que le interesa mas que á ninguna otra potencia.» Asi es que la Francia sea como mas interesante, sea como aparentemente libre en sus resoluciones, ha venido á ser el árbitro de la paz ó de la guerra.»

Hé aquí pues reconocidas las disposiciones pacíficas del congreso de Verona hasta por uno que se oponia á la guerra. Cuando se trataba de hacernos odiosos á la nación, se sostenia que éramos impulsados por los extranjeros, cuando trataban de quitarnos esta triste excusa, se demostraba que los aliados no querian la guerra, y que nosotros solos éramos los verdaderos culpables. Con frecuencia esos dos asertos contradictorios solian encontrarse en el discurso de un mismo orador.

XLIII.

Cámara de los diputados.

Al discutirse el proyecto de contestación, pronunció M. de Villele una frase que sirvió de pretexto á esta acusacion popular: «La Francia hace la guerra por órden del Congreso.» Algunos hombres de ley imparciales empezaban á ponerse en guardia al saber que los despachos de las tres cortes principiaban á ser conocidos en Madrid, pero la multitud apasionada no atendia á razones: se vendió completamente los ojos y sin misericordia nos declaró alguaciles de yara de la Santa Alianza. Si ahora se echase de ver que la frase que supusieron pronunciada por M. de Villele, nunca salió de su boca de la manera que se dijo, entonces, toda la máquina se vendrá al suelo. No faltan ejemplos de esas imposturas casuales reputadas aun hoy dia por auténticas: citaremos un ejemplo. El abate de Sieyes no votó la muerte sin frase; como se ha querido suponer, sino únicamente la muerte; la glosa ha añadido las palabras sin frase al texto.

Evitemos servirnos del *Moniteur*; podria decirse que en ese periódico las palabras del presidente tienen que ser forzosamente alteradas; por lo tanto citaremos las palabras que el *Constitucional*, periódico muy favorecido de la oposicion, empleó para dar cuenta de aquella sesion.

El número correspondiente al 13 de febrero del 1823 refiere de este modo la opinion de M. Duvergier de Hauranne:

«Compadezco sinceramente á la generosa nacion española al verla regida por una constitucion viciosa bajo muchos puntos de vista. Mas esta circunstancia por muy deplorable que sea, no me parece motivo suficiente para emprender una guerra, cuyos resultados pueden ser funestos para la Francia, y respondiéndole directamente á lo que el señor presidente del consejo acaba de decir, de que «nos hallamos en la alternativa de combatir por la revolucion española en nuestras fronteras del Norte, ó de hacer la guerra á esa revolucion en el mismo territorio español,» digo á mi vez, que en el caso de hallarnos reducidos á tal extremidad que la Santa Alianza quisiera dictarnos leyes, seria preferible y mas nacional el resistir en las fronteras del Norte, que el dejarnos imponer una guerra, que tal vez pondrá en peligro á nuestras instituciones y monarquía. En tal caso no combatiríamos por la revolucion española, sino por nuestra independencia.»

El orador añadió en una nota escrita, «Debo en verdad decir que el señor presidente del Consejo ha supuesto que yo no lo habia comprendido bien; pero su explicacion no me ha parecido clara.»

Después de la opinion de M. Duvergier de Hauranne sigue la del general Foy.

«El señor presidente del consejo de ministros al mismo tiempo que ha principiado manifestando que haremos nosotros solos la guerra, ha insinuado en seguida que esta no dependia únicamente de nuestra voluntad.»

«Nos vemos en la alternativa», ha dicho (he tenido cuidado de recoger sus palabras), nos vemos en la alternativa de atacar á la revolucion española en los Pirineos, ó de defenderla en las fronteras del Norte.

«Hé aquí, señores, una grande é imponente revelación, una revelación fecunda en incertidumbre y calamidades.»

«Si la Francia enteramente sola, la Francia entregada á sí misma, la Francia independiente se ve comprometida en un duelo con la España, lamentaré las calamidades de una guerra absurda, de una guerra sin justicia ni moral, de una guerra sin provecho y sin gloria, lloraré esas calamidades, pero al fin veré que hay un término posible y en ese concepto consideraré que puede haber alivio para los males que sufrimos....»

«Pero no es así.

«La guerra actual está fuera de nuestro centro, fuera de nuestro alcance—la impulsión viene de lo exterior.—Esta cólera no es francesa; es el eco de la cólera de los prusianos y los cosacos.—No somos los únicos que provocamos el incendio, ¿quién podrá decirnos si seremos alguna vez dueños de apagarlo?»

«Ese es señores el punto á que mi enmienda se refiere: hé aquí el espantoso peligro acerca de cuya existencia he llamado la atención de los ministros de S. M.»

«Se lisonjearan los ministros de hacernos creer que obran solos, con arreglo á sus propias miras y con entera libertad.—En esta cuestion los hechos hablan, y hablan con energía: La guerra oculta y subterránea (el Constitucional subraya esta palabra) que nuestro gobierno está haciendo desde hace un año á la nacion española ha estallado de golpe en violentas amenazas.»

«Se podrá decir que las ha provocado la España?... pero la situación de ese país es la misma que en 1820 y 1821.»

«Por consiguiente es preciso ir á buscar á otra parte el secreto de la política de los consejeros de la corona.»

«La guerra nos viene de Verona.»

«Nuestra intervencion actual en los asuntos interiores de España no es un acto que pertenezca exclusivamente á nosotros.»

«La triple alianza está detrás de nosotros y nos apremia después de haber sido apremiada á su vez por la turbulencia de la faccion que domina en nuestro país.»

«La guerra de España no es una guerra aislada, no tardará mucho en ser una guerra europea. Le dáis principio en los Pirineos: no sabeis á dónde os llevará, ni en dónde tendrá término.»

«El general Foy concluyó pidiendo á los ministros aclaraciones sobre estas dos cláusulas:»

1.º Qué convenios se han hecho en Verona con las potencias extranjeras relativamente á la intervencion, y si la naturaleza de aquellos pueden producir la ocupacion permanente ó transitoria de parte del territorio francés por las tropas de la Santa Alianza.

2.º Qué disposiciones se han tomado para impedir esa ocupacion, en el caso de que las potencias extranjeras en vista de los sucesos, creyesen útil el cumplimiento de sus proyectos, sea sobre España, sea sobre Francia.

«En el caso en que la independencia nacional fuese sacrificada, ó no suficientemente garantida, yo como leal diputado me creería rigurosamente obligado á pedir en sesion pública la formacion de causa de los ministros que hubieran firmado ó prometido la humillacion de la corona y la ruina del país.»

No entraremos ahora en argumentos ni acerca de la formacion de causa, ni acerca de declamaciones

pronunciadas con vehemencia y talento. El general Foy, hombre de imaginacion, estaba sujeto á engañarse. Aun se conserva la memoria de su famosa exclamacion: «¡No saldrán!» Mas ¿cómo podía el general preguntarse si la España habia provocado las amenazas? Anteriormente hemos hecho ver si éramos nosotros los que habiamos sido provocados. Una provocacion pública de un Estado á otro, con el cual se presume que está en paz, es un hecho que apenas se percibe. Si solo en ese caso pudiese la defensa justificarse y ser legitima, un gobierno pereceria antes de tener el derecho de salvarse; aunque se viera combatido y minado por todas partes, seria preciso que esperase la *declaracion positiva de guerra* para socorrerse á sí mismo. Las hostilidades de la propaganda no eran conocidas en otro tiempo; pero ¿dejan por eso de ser menos reales? Que se pueda abusar de esa palabra *propaganda* para ir á oprimir un pueblo, es indudable; mas ¿dejará tambien de serlo el que la propaganda abusa de su poder secreto para destruir una nacion?

El argumento que prenden sacar de la semejanza entre los años 1821 y 1822 no demuestra mas que la longanimidad y paciencia de la Francia. ¿Cómo puede el general decir: «¿que la guerra viene de Verona? Hasta los mismos hombres del partido del general convenian en que todo estaba tranquilo en Verona. El Constitucional del 17 de enero se expresaba en estos términos:

«Publicamos los tres despachos de los gabinetes de Austria, Prusia y Rusia á sus embajadores de Madrid....»

«Debe notarse que los tres gabinetes no dicen palabra alguna acerca de emplear la fuerza para imponer leyes á la nacion española. No se encuentra en ellas ninguna amenaza de inminente agresion.»

«Hasta los ministros de la Santa Alianza profesan grande amor á la paz. En este particular no pueden dejar de incurrir en la indignacion de nuestros fanáticos.»

«El mismo periódico del 1.º de febrero transmite este artículo del *Observador austriaco*:

«Las cortes de Austria, Rusia y Prusia, han usado con el gobierno de Madrid un lenguaje que el frenesí revolucionario no puede menos de reconocer que la política de poco alcance puede desaprobár; pero que otra política mas profunda sabrá sin duda alguna mirar con respeto. Ese lenguaje no puede decirse que haya sido una declaracion de guerra; se ha limitado á retirar sus agentes diplomáticos; lo cual no es un acto de hostilidad. Francia animada de iguales sentimientos, ha obrado con arreglo á los mismos principios, aunque bajo formas diversas. Las resoluciones ulteriores de esta nacion se fundan por medio de su contacto inmediato con España en motivos cuya importancia no puede menos de ser conocida sin pronunciarse ligeramente acerca de los resultados. La guerra no está declarada todavía; podrían ocurrir sucesos que la impidieran.»

Apyándose en esta manifestacion que confirma todo lo que hemos dicho respecto de las disposiciones de M. de Metternich, el *Constitucional* pregunta: «¿Cómo es posible conciliar el aserto positivo y claro del periodista de Viena, redactor de todos los protocolos de la Santa Alianza, con el lenguaje que las revelaciones del comité secreto hacen tener al presidente del Consejo? Después de haber dado cuenta de todos los esfuerzos que ha hecho para mantener la paz que él mismo consideraba sinceramente como tan necesaria al reposo y al mantenimiento de la tranquilidad en Francia, ha conocido, segun dicen, que la posicion hostil en que España se encuentra respecto de las grandes potencias, no permitía á la Francia permanecer en paz.»

«Pues bien: hoy el *Observador austriaco*, cuando

está ya enterado de todo lo que ha sucedido en Madrid al partir los embajadores de las tres grandes potencias, declara con toda formalidad que no se consideran como en estado de guerra con la península.

Luego no es por las disposiciones hostiles de esas tres potencias por lo que el ministerio francés se ha decidido á hacer la guerra: si se cree obligado á hacerla será por obedecer á otro impulso, ó mas bien dicho, por ceder á otras pasiones.»

Pero retrocedamos y analicemos la frase del conde de Villele. Tengamos presente que desde luego no dijo: «Si no combatimos en los Pirineos nos veremos obligados á combatir en las márgenes del Rin.» Sus adversarios reproducen estas palabras de una manera del todo distinta. Segun M. Davergier de Hauranne lo que M. de Villele dijo fue lo siguiente: «Nos vemos en la alternativa ó de combatir por la revolucion española en nuestras fronteras del Norte, ó de hacer la guerra á esa revolucion en España.» Segun el general Foy que aseguró haber recogido inmediatamente la frase del presidente del Consejo, lo que este dijo fue: «Nos vemos en la alternativa de atacar la revolucion española en los Pirineos, ó de ir á defenderla en nuestras fronteras del Norte.»

¿Qué implican esas dos versiones aunque algo distintas la una de la otra? Que la Francia se hallaba colocada de manera que si no sofocaba la revolucion en España, esa revolucion llegaria á Francia, que en ese caso las potencias extranjeras tomarian las armas, y los franceses tendrian que ir á combatir en sus fronteras del Norte.

¿Qué puede haber mas evidente, ni mas claro, ni mas bien expresado? Nótese bien que el artículo en la frase del general Foy se refiere á la palabra *revolucion*, y no á las expresiones *guerra ó Europa*: la revolucion española seria la que después de haber trastornado la Francia, tendria que ser defendida por esta en las fronteras del Rin; es decir, que volverian á reproducirse las hostilidades revolucionarias; que habria un retroceso al 1793. Jamás M. de Villele habria hablado con mas exactitud, ni aun con arreglo á esa version. Lo que costaba dificultad comprender era, que no repitió sus palabras aceptando sobre sí la responsabilidad, y que se contentó con negar las falsas interpretaciones, y con asegurar que habian alterado su texto y su pensamiento.

Mas hé aquí toda la verdad.

M. de Labourdonnais habia atacado la resolucion tomada por el rey de emprender la guerra de España con cien mil franceses. Habia manifestado sentimiento de que esa guerra no hubiese principiado mas pronto y de que la Francia no hubiese obrado como auxiliar de la regencia de Urgel y de los realistas españoles. M. de Labourdonnais tomando luego las cosas en el estado que entonces tenian, dijo que debia obrarse de acuerdo con las potencias continentales y con arreglo á la direccion de la Santa Alianza.

El presidente del Consejo combatió esa opinion manifestando que hallándose Francia particularmente interesada en restablecer el orden en la península, su aliada natural, debia en tales momentos rehusar la cooperacion de las demás potencias á fin de conservar toda su libertad de accion, y no comprometer en ninguna complicacion el interés que la determinaba á intervenir.

Por otra parte los oradores *liberales* habian atacado la intervencion como contraria á la libertad, y el general Foy después de haber hecho una elocuente pintura de los males de la guerra, concluyó predicando una cruzada de todos los gobiernos constitucionales contra los gobiernos absolutos.

Para hacer resaltar la inconsecuencia de este discurso, es por lo que M. de Villele exclamó:

«¿Y cómo el honorable general, que nos ha hecho un cuadro tan sombrío de los males de la guerra, no

ha reparado que su sistema no la excluye, puesto que segun sus consejos, en vez de hacerla en los Pirineos habrá que sostenerla en el Rin?»

No obstante esa version auténtica ha subsistido la otra interpretacion. De aqui provino todo el mal: la Francia se vió atacada de vértigos, seducida por una equivocacion que un exámen de algunos minutos habria hecho desaparecer en el acto. Tal fue el carcomido eje sobre que giraron las opiniones en lo exterior é interior de la cámara. La poca buena fe de este, la credulidad de aquel, y la ligereza de los mas, hicieron creer en una coersion, cuyos documentos que ya hemos producido (Congreso de Verona), y que fueron depositados en la mesa de la cámara de los comunes, demostraban la falsedad. ¿Cómo suponer que el continente haria á la Francia guerra con el Norte en tanto que esta la estaba haciendo en el Mediodia? Forzoso era ponerse de buena ó de mala gana en campaña, á fin de distraer la Europa cansada de paz, y que, como el médico de Moliere, necesitaba un enfermo, y sabria tomarlo donde quiera que lo encontrara. Sin embargo, la Europa sabia muy bien cómo apuntaban los artilleros franceses.

Era todavia mas evidente ese absurdo, al reflexionar que de las cuatro potencias de la Alianza, tres (Inglaterra, Prusia y Austria), habrian dado cualquier cosa á trueque de impedir que los franceses tomaran las armas.

Aclarado este punto importante, es de presumir que habremos conseguido disipar un error que el transcurso del tiempo habria introducido en la historia.

XLIV.

Créditos extraordinarios.

En 21 de febrero, M. de Martignac, informante de la comision encargada del exámen del proyecto de ley referente á facilitar créditos extraordinarios para el presupuesto del 1823, subió á la tribuna. Entre los créditos pedidos, figuraba uno de cien millones para la guerra de España: habian cometido el error de ocultarlo de este modo; se presentaban con timidez: era lo mas detestable que podian hacer.

M. de Martignac leyó el informe de la comision, cuya lectura fue interrumpida por bravos de la derecha, y risas de la izquierda. «*Vuestra guerra es un verdadero complot*», exclamó la oposicion, «*Puro jesuitismo!*» En vano el presidente trató de restablecer el orden; M. de Martignac tuvo que bajar de la tribuna.

Gran rumor por parte del general Foy y de los SS. Marzay, Girardin, Kératy, de Chauvelin y Dupont de l'Eure: «*¡Qué infamia! ¡es un odioso complot!* ¡*Es imposible contenerse!* Lafayette, Royer-Collard, M. A. de Lameth, Humann y los generales Foy y Sebastiani se inscriben contra el proyecto de ley.

M. Casimir Perier pide la palabra. Discute sobre la peticion del crédito. «Esa peticion, dijo, supone en parte un excedente de ingresos que no se ha justificado legalmente ante la cámara. Además el caso no es urgente: la guerra no se ha declarado todavía, y puede esperarse que tal vez no se llegará á declarar, pues la Europa rechaza, segun parece, todo pensamiento de provocacion contra la península.»

La discusion del proyecto principia el 21 de febrero, volvió á reproducirse el 23 en medio de una concurrencia extraordinaria.

M. Royer-Collard fue el primero que ocupó la tribuna. Aquel dia creyó este orador en la altura de sus desiguos deber halagar á la izquierda. Sus principios en nuestra humilde opinion nos parecieron menos victoriosos que lo que su infalible persona podia esperar: dogmatizó contra un sistema que, débil y desacreditado en lo interior, habia ido á buscar en